

UN GIRO INESPERADO

*¿Qué habría pasado si el Hada Azul
no hubiera podido ayudar a Pinocho?*

Si una estrella
ves brillar

ELIZABETH LIM



Si una estrella ves brillar

UN GIRO INESPERADO

ELIZABETH LIM

Traducción de Clara González Bruzos

LIBROS 

© 2023 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Clara González-Bruzos, 2023
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662—664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: julio de 2023
ISBN: 978-84-18940-99-6
Depósito legal: B. 11.685-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo uno

Cuarenta años antes

En Pariva, cualquiera habría estado de acuerdo en que Chiara Belmagio era la chica más amable y simpática del pueblo. Su paciencia, en especial, era extraordinaria. Por otra parte, cualquiera que hubiese crecido con una hermana como Ilaria Belmagio —prima donna local, tanto por su voz como por su comportamiento— y siguiera considerándola su mejor amiga no podía ser menos que un ángel.

Chiara acababa de cumplir los dieciocho —había celebrado su cumpleaños el mes anterior, en junio— y era la hija mediana de Anna y Alberto Belmagio, los apreciados dueños de la única panadería de Pariva. Resumiendo, tenía cierta habilidad con el arpa, le gustaba la mermelada de arándanos sobre el chocolate y le encantaba leer al aire libre, bajo el limonero de la familia, donde solía ayudar a niños con los deberes de matemáticas y cuidar de los nidos de las palomas.

Igual que sus vecinos, conocía el nombre y la cara de los 387 habitantes de Pariva, pero, como pocos hacían, ella se tomaba el tiempo de sonreír a quien se encontrara, incluso al cascarrabias del señor Tommaso, lo cual suponía todo un reto. Y lo hacía con mucho gusto.

Cuando la gente quería hablar, ella escuchaba. Así había descubierto los sueños y las esperanzas de todo el mundo en el pueblo. Muchos soñaban con irse de Pariva, algunos con encontrar fama y fortuna, otros con vivir aventuras o incluso romances. Pero ni una sola vez había deseado Chiara dejar su pueblo natal. Ni una sola vez había anhelado tener vestidos bonitos o que la invitasen a grandes fiestas en Vallan. De todos modos, eso no significaba que no tuviera sueños.

El suyo era simple, comparado con el de su hermana, que era convertirse en cantante de ópera, o el de su hermano, que era dominar la receta de sus padres del pan de centeno y servírselo al rey algún día. Era uno bastante ridículo, como habría dicho Ilaria de haberlo sabido.

Sin embargo, Chiara nunca hablaba de su sueño y, al contrario que la mayoría de los vecinos del pueblo, nunca buscaba la Estrella de los Deseos para que lo hiciese realidad. Era demasiado pragmática para creer en milagros procedentes de varitas mágicas o deseos, y en absoluto creía en las hadas. Tampoco creía en la magia, al menos no en el tipo de magia de la que hablaban las historias que les contaba su padre a sus hermanos y a ella cuando eran pequeños, sobre hadas madrinas que convertían calabazas en carruajes o varitas mágicas que transformaban piedras en diamantes.

La magia en la que ella creía era de otro tipo. De la que alegraba al melancólico, alimentaba al hambriento y aliviaba un corazón frío. Creía en la bondad, en la compasión y en compartir lo que tuviera con quien lo necesitase.

Todo ello resultaba bastante irónico, pues Chiara Belmagio estaba a punto de conocer a un hada.

Era una sofocante mañana de agosto. Demasiado calurosa incluso para Chiara, a la que le encantaba el sol. Estaba en el jardín, cogiendo violetas y campanillas para llevarse a la panadería. Le gustaba darles flores a los clientes; aquello los hacía felices.

—Mamá y papá han enviado un mensajero —le dijo su hermano mayor, Niccolo, desde la puerta trasera de casa con cuidado de quedarse bajo la sombra del tejado, aunque el joven tenía un pie en el jardín y otro en casa—. Tienes el día libre; nadie sale a por pan con este calor.

Chiara juntó las flores formando un ramo y se limpió las manos en el mandil.

—Entonces, ¿mamá y papá vuelven a casa?

—En cuanto vendan los bocadillos de papá, se van a ver al señor y la señora Bruno. Seguro que se pasan toda la tarde allí jugando a las cartas. —Niccolo señaló la cocina—. He preparado zumo de naranja y limón. Entra antes de que Ilaria se tome el tuyo.

Tras diez minutos más bajo el tortuoso sol, Chiara decidió aceptar la oferta de su hermano. Estaba sedienta. Le ardía la cabeza y su piel estaba tan caliente que casi parecía tener fiebre. Al entrar en casa, se quitó el sombrero y se secó el sudor de las sienes. Tenía su rubia melena pegada a la cara y la cinta azul que llevaba siempre en el pelo estaba prácticamente mojada.

El prometido vaso de zumo la esperaba en la cocina y se lo tomó de prisa, saboreando la acidez de la naranja y el limón.

—¿Ili? —dijo, entrando en el vestíbulo.

Al otro lado de la cocina, en la sala azul, donde su familia se reunía cuando no estaba comiendo, se oían las voces de sus hermanos. Sobre todo de Ilaria, de dieciséis años, tratando de convencer a su hermano de salir en barco. Chiara se detuvo junto a la puerta; no quería interrumpir.

—No seas vago, Niccolo, y compadécete de tu pobre hermana

favorita por una vez. Lo único que te pido es pasar una hora en el mar. ¡Pero si te encanta salir en barco!

—Nunca he dicho que seas mi hermana favorita —respondió Nicco, pasando la página del libro, con su cabello castaño cayendo sobre sus ojos—. Tal honor es de Chia.

Ilaria ignoró el comentario.

—Esta casa es un horno —dijo—. Si nos quedamos aquí, me muero.

—Pues sal a dar una vuelta.

—No es que fuera se esté mucho mejor. Ya sabes lo sensible que tengo la piel. Me quemaré y se me pelará. Me hace falta un poco de brisa marina.

—Aunque la brisa sea marina, seguirá haciendo sol, hermanita —apuntó Niccolo, y devolvió la atención al libro—. Ya te he dicho que el mar es peligroso. Dicen que hay una ballena gigante. Ya ha capturado cuatro botes de pesca.

—Ballenas gigantes... —Ilaria puso los ojos en blanco—. Seguro que si fuesen sirenas querrías salir a navegar, aunque su canto nos hiciese estrellarnos contra las rocas.

—No hay sirenas, solo una ballena.

—Eso es lo que tú dices.

Ilaria se apoyó contra el desconchado papel pintado azul de la pared, con el dorso de la mano sobre la frente. Bien conocía Chia aquel gesto: era el preludio de un dramático desmayo. A la edad de siete años, al decidir que se convertiría en una cantante de ópera de fama mundial, Ilaria había empezado a practicar el arte de desmayarse. Para entonces ya era toda una maestra.

Por desgracia para ella, Niccolo se sabía todas sus artimañas.

—Me estás matando, hermano —dijo Ilaria, siguiendo con su desmayo de todos modos—. Voy a morir de calor y sofoco.

—Adelante. Por lo general, la gente se muere de tuberculosis, mal

de amores o aburrimiento extremo. El calor y la falta de aire es más entretenido. ¿Vas a cantar veinte minutos de aria ahora que vas a morir?

Ili lo fulminó con la mirada.

—Parece que te estés burlando de mí.

—Me lo pones muy fácil.

Frunciendo el ceño, la hermana de Chia dobló las rodillas y comenzó a caer con gracia contra la pared. En unos tres segundos, quedaría muy bien dispuesta sobre la alfombra de su abuela.

«Uno», empezó a contar Chiara.

Ilaria se abanicó con la mano.

«Dos.»

Ilaria se desabrochó el cuello del vestido.

«Tres.»

Ilaria se desplomó con un elegante golpe. Un instante después, Niccolo bajó el libro y se levantó. Fue tranquilamente junto a su hermana.

—¿Esta vez no hay canción? —bromeó.

Al ver que no le respondía, dejó caer el libro sobre su estómago, e Ilaria abrió los ojos de repente.

—Pero ¿qué...?, ¿podrías haberme roto una costilla!

—Lo dudo —dijo Niccolo con sequedad, recogiendo el libro, tan pequeño que le cabía en el bolsillo—. Has avisado de que viene el lobo demasiadas veces, hermanita. ¿De verdad piensas que voy a creerte?

Ilaria se levantó, se dirigió con arrogancia al espejo y se arregló su alborotado pelo.

—Ya te arrepentirás cuando sea famosa.

—Tus escenas de muerte ya son famosas... en esta casa.

Chiara rio, revelando su presencia en el exterior de la sala. Niccolo miró por encima del hombro y su ceño fruncido se transformó en una sonrisa.

—¿Ves?, hasta Chiara está de acuerdo. Quizá pueda acompañar tu canto de cisne con el clavicordio.

Ili alzó los brazos y apeló a su hermana.

—Se ríe de mí todos los días. ¿Cómo puedo ser familia de este palurdo?

—Mejor que no llames así a nuestro hermano —dijo Chiara sin alterarse—. Y menos si le estás pidiendo un favor.

—Ignorante, entonces —lo arregló Ilaria sin una pizca de arrepentimiento—. Chia, tengo que salir de aquí. —Abrió sus verdes ojos a modo de súplica—. ¿Me ayudas, por favor?

Chiara apretó los labios mientras estudiaba a su hermana. Puestas una al lado de la otra, no parecían hermanas y su forma de ser también era como el día y la noche. Chiara brillaba como el significado de su nombre. Tenía una melena dorada como el sol —del color de la pasta sin cocer, como se burlaba Niccolo—, con bucles que le caían sobre los hombros, y unos ojos tan azules como los arrendajos que se posaban en su tejado al llegar la primavera. Era amable, paciente y simpática, mientras que la única cosa angelical de Ilaria era su voz. La malicia y la astucia hacían brillar los ojos verdes de la hija más joven de los Belmagio y tenía el pelo color chocolate oscuro, como Niccolo y su madre. Lo que ambas jóvenes compartían era el rubor en forma de corazón que aparecía en sus mejillas cuando estaban contentas, su manera de inclinar la cabeza a la izquierda cuando algo les extrañaba y la forma en que suspiraban; como acababa de hacer Chiara con resignación.

«¿Por qué no?», le dijo su corazón. Al fin y al cabo, Niccolo había comentado que la panadería estaba cerrada y que no necesitaban flores, y sus padres estarían jugando a las cartas con sus amigos, pero, sobre todo, haría feliz a Ili. Y a Chiara le encantaba ver feliz a su hermana.

—Huele esto —dijo Chiara, pasándole a su hermana el ramito

de flores que acababa de recoger; luego, hizo una reverencia—. Para la prima donna de Pariva.

—¿Estás segura de que quieres alimentar ese ego suyo? —dijo Niccolo.

Chiara sabía lo que estaba haciendo. Mientras Ili aspiraba el aroma de las flores, ella se sentó al clavicordio y comenzó a tocar los acordes del aria preferida de su hermana, *El ruiseñor*. Tal y como había previsto, Ilaria no pudo resistirse a la música. Apenas sin darse cuenta, Ilaria comenzó a cantar la primera estrofa, que simulaba el gorjeo de un ruiseñor perdido en busca de su hogar.

La música siempre parecía hechizar a los Belmagio y aliviaba cualquier tensión entre los hermanos. De pequeños, los tres habían pasado muchas tardes tocando juntos, con Niccolo al violín. Cuando Ili terminó la canción, incluso Niccolo había olvidado su enfado con ella y aplaudía. Como Chia sabía que haría.

Chiara se unió a los aplausos.

—¿Ves? —le dijo a su hermana—. El calor no puede con una voz tan potente como la tuya. Cuando tengas audiciones, será pan comido.

Ilaria sonrió.

—Eso es porque tú estás al teclado, Chia.

—Bueno, siempre voy a estar aquí. Puedo ser tu acompañamiento cuando lo necesites. —Chiara hizo una pausa y, lentamente, se volvió hacia Niccolo mientras flexionaba los dedos—. Aunque tengo un poco de calor.

Era cierto. Empezaba a acusar el calor de haber estado sentada al clavicordio junto a la ventana. Le dio el último sorbo a su zumo.

—Si Niccolo no quiere venir, quizá saque yo misma el barco para respirar algo de aire fresco.

Ilaria soltó un suspiro, encantada.

—Eres toda una santa. —Abrazó a Chiara—. ¡Gracias, gracias!

—¡No podéis llevaros el barco vosotras solas! —exclamó Niccolo.

—¿Por qué no? Si tú no quieres ir...

Su hermano puso una mueca y se tiró del cuello de la camisa: lo hacía siempre que estaba a punto de ceder en algo.

—Ya le he dicho a Ili que es peligroso...

—¿Por la ballena? —soltó Ili—. ¿Quién te ha contado eso, los marineros del muelle? ¿De verdad crees que hay una bestia tan grande como para tragarse casas enteras?

Niccolo se estremeció.

—*Monstruo*. Todo el mundo dice que es real.

—Entonces, deberíamos buscarlo. —Ilaria sabía muy bien cómo manejar a su hermano cuando se empeñaba; a cualquiera, en realidad: era su talento—. A no ser que tengas miedo.

—¿Miedo? —balbució Niccolo, aunque por la tensión en sus hombros resultaba obvio que así era—. Yo no tengo miedo de un pez gigante. Tengo miedo de poner en peligro a mis dos hermanas.

—Hablas como si fuéramos delicados lirios marchitándose bajo el sol —dijo Ilaria—. Estamos...

—Encantadas de que te preocupes, Nicco —la interrumpió Chiara—. ¿Y si solo salimos durante una hora y nos quedamos cerca de la costa? Y, si la mar está demasiado picada, nos damos la vuelta. —Dirigió a su hermana una mirada de complicidad—. Ilaria ayudará a remar.

Niccolo entrecerró los ojos mirando a Ili.

—Si no lo veo, no lo creo.

—Te lo prometo —dijo Ilaria llevándose la mano al corazón—. De verdad.

Niccolo resopló. Pero se sentía tentado; Chiara lo sabía por la forma en que había inclinado la cabeza, pensandoselo.

—Supongo que no pasa nada si nos quedamos cerca de la orilla —dijo meditándolo—. Me llevaré el catalejo por si hay algún avistamiento de *Monstruo*.

A Ilaria se le escapó un grito triunfal y empujó a Chiara hacia la escalera.

—Date prisa y coge tu sombrero, Chia. ¿Puedes preparar unos bocadillos?

—¿Y cojo unas galletas de pistacho?

—Me has leído la mente. —Ilaria le guiñó un ojo.

Y con esa facilidad los planes de Chiara cambiaron. El destino intervino y dispuso que saliera a navegar con sus hermanos.

Aquella sería una decisión que lo cambiaría todo.